



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

## **The Ascension (*Paschal Season*)**

### **Liturgical Readings:**

**Rom. 10:1- end; 1 Pet. 3:15 – end; Acts 1:1-12**

**Psalm 47:5-6;**

**Luke 24:45—end**

**The Anaphora of Saint Dioscorus**

«Cristo ha resucitado de entre los muertos,  
pisoteando la muerte con la muerte,  
con gran poder y autoridad divina.  
Ha atado a Satanás con cadenas,  
y a los que están en los sepulcros les ha dado la vida;  
a Adán ha liberado,  
y de ahora en adelante reinarán la alegría y la paz por los siglos de los siglos.»

## **La Ascensión (ዕርገት)**

**En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.**

Amados hijos de la Santa Alianza, hoy nos encontramos en la aura sagrada del Monte de los Olivos para contemplar el misterio de **Erget (ዕርገት)** —la gloriosa Ascensión de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Durante cuarenta días después de Su triunfante Resurrección, el Señor permaneció entre Sus discípulos, un período que evoca los ayunos sagrados y los santos encuentros de antaño: Moisés subiendo al Sinaí para recibir la Ley (**Éxodo 24:18**), Elías fortalecido por alimento celestial para su viaje al Horeb (**1 Reyes 19:8**). En estos cuarenta días, Cristo estableció los fundamentos de la Iglesia del Nuevo Pacto, abriendo el entendimiento de los Apóstoles para comprender las Escrituras, y mandando que el arrepentimiento y la remisión de pecados fuesen predicados en Su Nombre entre todas las naciones (**Lucas 24:45–47**).

Él se erigió como el Divino Conquistador, habiendo despojado a los principados y a las potestades; porque escrito está: «Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres» (**Efesios 4:8**). Nosotros, que antes éramos cautivos de la sombra de muerte, somos ahora los trofeos de Su victoria, liberados de la tiranía del pecado y de la rebelión de Satanás. Antes de Su Pasión, el Hijo oró al Padre, diciendo: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (**Juan 17:4**). Esa obra recibe ahora su sello celestial.

El Señor eligió el Monte de los Olivos para Su partida, un santuario donde a menudo había buscado la soledad lejos del clamor de Jerusalén. Desde esa altura, contemplando la ciudad con ojos de infinita compasión, Él santificó los bosques y valles que habían resonado con Sus oraciones y testificado Su agonía en Getsemaní. Cerca de Betania, el hogar de Lázaro, el Rey de Gloria se preparó para montar en Su carro de luz. Mientras conducía a Sus seguidores, ellos no sabían que aquel sería su último encuentro terrenal; sin embargo, Él los consoló con la promesa eterna: «Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (**Mateo 28:20**).

Mientras levantaba Sus manos llagadas para bendecirlos, un poder más allá de la comprensión humana lo elevó hacia lo alto. Mientras ellos lo contemplaban, Él fue alzado, y una nube radiante lo recibió, ocultándolo de sus ojos. No fue una partida ordinaria, sino una transición hacia la majestad celestial. Y mientras permanecían atónitos, dos varones con vestiduras blancas hablaron: «Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (**Hechos 1:11**).

En verdad, Él ascendió con júbilo y con sonido de trompeta (**Salmo 47:5**), y volverá en gloria con Sus santos ángeles, para sentarse en el trono de Su majestad (**Mateo 25:31; 1 Tesalonicenses 4:16**). La Ascensión no es solo una partida; es nuestra exaltación. Como nuestra Iglesia proclama: «Dios ascendió del sepulcro con una justa ascensión... el Hijo de Dios ascendió para enseñarnos la ascensión de los justos». Al llevar nuestra naturaleza humana al Lugar Santísimo, Él se convirtió en nuestro Gran Sumo Sacerdote. Después de purificar nuestros pecados, «se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (**Hebreos 1:3; 8:1**). Este «sentarse a la diestra» significa que la naturaleza humana que Él asumió —antes humilde y quebrantada— está ahora entronizada en la más alta gloria.

San Pablo nos exhorta en la Epístola a los Colosenses: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba... porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (**Colosenses 3:1–4**). Nuestra ciudadanía está ahora en los cielos. Por Su muerte, morimos al pecado; por Su Resurrección, nacimos a la vida; y por Su Ascensión, estamos espiritualmente sentados con Él en los lugares celestiales (**Efesios 2:6–7**). Él ha ido a prepararnos lugar, prometiendo: «Donde yo estuviere, allí también estará mi servidor» (**Juan 12:26; 14:3**). Esta es la esperanza de los fieles de la Tewahedo —que a través de la fe que penetra tras el velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor (**Hebreos 6:20**), también nosotros venceremos y nos sentaremos con Él en Su trono (**Apocalipsis 3:21**).

Por tanto, no se turbe nuestro corazón con el polvo de la tierra. Como el sacerdote exclama en la Divina Liturgia: «¡Estén vuestros pensamientos en lo alto donde Cristo está; estén vuestros corazones en el cielo; sabed dónde estáis!» Oremos con las palabras de Su oración sacerdotal: «Padre, aquello que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria» (**Juan 17:24**). Aguardamos con ansia aquel día en que las puertas levantarán sus cabezas y las puertas eternas se abrirán (**Salmo 24:7–10**), uniéndonos a cada criatura en el cielo y en la tierra para cantar: «Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos» (**Apocalipsis 5:13–14**).

**¡Cristo ha ascendido en gloria!**

**Gloria a Dios. Amén.**